

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 15 DE ABRIL DE 1912

NÚM. 1.581

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1912



EN EL VALLE DE ANSÓ. LUNA DE MIEL, cuadro de Carlos Vázquez

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El amor que asusta*, por Amichatis. — *El notable pintor José García Ramos*, por A. García Llansó. — *El «Orfeo Tarragoní» en Madrid*. — *Berlín. Exposición de navegación aérea*. — *El príncipe de Gales en París*. — *El capitán Jost*. — *El raid hípico*. — *Monumento a los bomberos*. — *Actualidades barcelonesas*. — *Matrimonio secreto* (novela). — *Notas de Melilla*. — *La primera travestida del Canal de la Mancha en aeroplano*. — *Libros*.

Grabados.—*Luna de miel*, cuadro de C. Vázquez. — *García Ramos en su taller*. — *Escena de Carnaval: Por la tapia del jardín*, cuadros de J. García Ramos. — *Madrid. El «Orfeo Tarragoní»*. — *Berlín. Exposición de navegación aérea*. — *París. El príncipe de Gales*. — *El capitán Jost*. — *Monumento a los bomberos*. — *Desfile de caballería*. — *Tapices pintados por A. Bulbena*. — *Cuadros de S. Rusiñol*. — *Actualidades barcelonesas*. — *Melilla*. — *El aviador Hámel y la aviadora Davies*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Alguien me preguntaba, en charla caprichosa, por la variedad de asuntos, qué causa pudiera señalarse que explicase la afición vivísima que se está desarrollando por las novelas policíacas, de crímenes y apachismo.

Que tal moda existe, no puede negarse; esta clase de novela corre y cunde que es una bendición, y no contenta con invadir los cajones de las mesas de noche, se ha corrido a los escenarios, donde logran triunfos de taquilla obras como *Raffles* y *El misterio del cuarto amarillo*, que pronto veremos en el Teatro de la Princesa, con todos los honores.

Después de la exactitud achatada que predominó en la época del naturalismo de escuela, tenía que venir este desenfreno inventivo, esta nueva forma de los viejos relatos espeluznantes de la novelista inglesa Ana Radcliffe, autora de *Los misterios del castillo de Udolfo* y de los *Penitentes negros*, si la memoria no me es infiel. Tenía que reencarnarse la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*. No es que en la misma obra del pontífice del naturalismo, de Emilio Zola, falte algún libro en que se estudia el crimen, por cierto con la desanimadora conclusión de que todos suelen quedar impunes: así sucede en *La bestia humana*, donde el asesinato cometido en el tren, lo mismo que los envenenamientos, y otro asesinato de la heroína, apuñalada por su amante en un acceso de epilepsia impulsiva, no traen consecuencias para los autores. Y yo debo decir que, aparte de la opinión que se forme del mérito del libro, no deja de ser cierto que pocos crímenes se ponen enteramente en claro y son castigados eficazmente por la justicia humana. En mi memoria conservo un sin número de casos, y, en algunos, parte de público sabía perfectamente sobre quién debiera recaer la responsabilidad: pero también era general convicción que todo concurría a envolver en tinieblas los hechos, y poco a poco, la opinión iba extraviándose. A veces, en estos casos, se siente indignación profunda; otras, suponemos que, pues así está organizada la sociedad, es evidente que no puede estarlo de otro modo, especialmente cuando las tendencias jurídicas van hacia la lenidad a agigantados pasos. Por eso la nueva literatura policíaca y criminal denuncia un estado de conciencia asaz alarmante. El criminal se convierte en héroe.

El que los crímenes no se descubran, puede consistir en la falta de habilidad de los llamados a esclarecerlos. Que a menudo adolecen las investigaciones de torpeza, lo sabemos de sobra. Cansados estamos de oír repetir, cuando se habla de algún crimen envuelto en sombras y dudas: «Si estoy yo allí en los primeros momentos, algo hubiese rastreado.» ¡Los primeros momentos! Son la clave de todo, para quien posea un adarme de inteligencia analítica... Sucede con los primeros momentos en un crimen, como con los primeros de la pérdida de un objeto precioso: si alguien que no sea listo busca primero, y revuelve, y quita de su sitio las cosas, nunca aparecerá lo perdido.

Sobre esta idea de que para descubrir un crimen hace falta, no sólo mucha actividad, sino gran reflexión y penetración, están basadas las actuales novelas policíacas, y se ha creado, al lado del héroe criminal, el tipo del *detective*, casi tan interesante, a veces más, y que necesariamente ha de ser un hombre de talento, de astucia, de combinaciones y resortes inagotables. En esta lucha entre el bien y el mal, entre Arimanes y Ormuz, el *detective* representa la victoria definitiva de la luz sobre las tinieblas. El *detective*, además, se aprovecha, lo mismo que el criminal, de los adelantos de la ciencia, de las inducciones de la psicología, de los datos de la antropología, y de las finezas y delicadezas del arte. Son dos sabios especialistas que luchan, envueltos en su arnés de guerra, y mientras los demás mortales no sospechan su combate cuerpo a cuerpo, pasan por entre la multi-

tud, el uno para defender a la sociedad, el otro para reirse de defensas y baluartes, aventurero osado, que, en medio de la extrema civilización, reproduce las hazañas realizadas por sus congéneres, en épocas acaso menos propicias.

En los tiempos medioevales, el aventurero buscaba gloria, reinos lejanos; era Roger de Flor, Guido de Lusignan, y, cuando la literatura idealizaba el tipo, era Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, Felixmarte de Hircania, el caballero andante, lleno de temprano romanticismo, que soñaba, combatía, triunfaba, y ante quien se abrían las puertas de hierro, se rendían las torres guardadas por fieros jayanes, caían rendidos, vomitando fétido humo por las rojas golas, endriagos, vestiglos y quimeras, mientras eran partidos por la cintura disformes gigantes, redimidas princesas cautivas, desbaratados los planes de los malignos encantadores y, en suma, realizadas hazañas nunca vistas y sobrenaturales, sin más que un vigoroso brazo, un intrépido corazón, y una bien templada hoja. Sin duda se admirarán muchos de que encuentre analogías entre los antiguos caballeros andantes y los detectives y apaches de hoy; y sin embargo, deducido cuanto haya que deducir, admitida la diferencia de tiempos, ideales y sociedades, las analogías persisten, y las novelas policíacas son una nueva forma de los libros de caballerías que a don Quijote le sorbieron el seso. Se me dirá que los héroes de las novelas policíacas son todo, menos caballeros, menos paladines. No lo son ciertamente al modo de los Amadises, pero algo y aun algos han influido los Amadises en la creación de la figura del bandido generoso, que empieza en Hernani y acaba en el Vivillo. Y en cuanto a los detectives, éstos, está a la vista, son completamente caballerescos, en su protección a los débiles, a las mujeres oprimidas, acusadas falsamente de delitos o crímenes que no cometieron. ¿Quién más enderezador de entuertos y más defensor de Princesas Micomiconas que Shérlock Holmes?

Lo que esto significa, bien mirado, es que la naturaleza humana ha tenido siempre iguales exigencias, iguales antojos; que place a la mayoría de la gente, no sólo el relato de extraordinarios e inverosímiles sucesos, no sólo el interés suspenso y espolado sin cesar, como en los folletines, sino la empresa generosa contra el mal, la lid en que al cabo, el bien lleva la mejor parte. Y como quiera que hoy, en nuestra organización presente, todo está regularizado y previsto, todo marcha por cauces legales, monótonos, excepto la pasión, el delito y el crimen; como hasta las formas idealistas políticas, antaño meramente revolucionarias, hoy son tendentes a las formas criminales que reseñó Lombroso, no hay que asombrarse si la novela cansada de contarnos la vida de un señor que detrás de un mostrador vende tejidos, o un empleado que se pasa el día en su oficina y por la tarde toma el fresco paseando—con otras humildes realidades que no rebasan de los límites de lo que cada cual ve a su alrededor,—va hacia lo extraordinario, hasta lo imposible, lo que por un momento, y en los dominios en gran parte inexplorados de la fantasía, ha de sustraernos a la vida diaria, a su insufrible normalidad...

Cuanto mejor lo examino, más cierto me parece que los héroes *buenos* de las actuales novelas policíacas, y aun de las antiguas y ya pasadas de moda (como por ejemplo *Los misterios de París*), tienen estrecha afinidad con los paladines, sin tacha y sin miedo. Como ellos, arrostran sin temblar los peligros espantosos; como ellos, tratan de romper la telaraña de las maquinaciones de los malvados; como ellos, salen bien de trances en que es increíble no dejar la piel; como ellos, el fuego no los quema, el agua no los ahoga, el puñal se rompe cuando va a herirlos, los abismos, después de tragarlos, los devuelven, y las más asombrosas transformaciones les permiten pasar por entre sus enemigos sin ser reconocidos ni sospechados... Todo esto significa que, en un momento dado, la gente se cansa de lo natural, siente náusea de la verdad severa y triste, prefiere sacudir la como un peso incómodo, y en alas de la curiosidad y de la emoción, quiere volar por los cielos pintoreados del disparate...

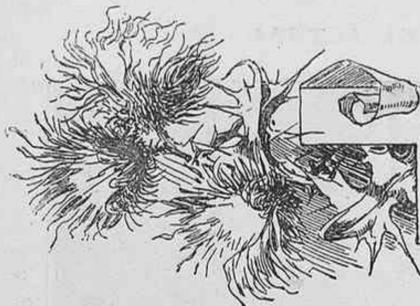
No afirmo que sea enteramente inventado todo lo que narran las novelas policíacas. Al contrario: tiene su fundamento. A la relajación de los lazos morales, a la desencadenada furia de los apetitos y concupiscencias, a todos los conflictos del alma moderna, ya abandonada al escepticismo en todos los órdenes, ha correspondido el empuje del crimen, y sus formas nuevas, y su aterradora vigorización. Cultivada la inteligencia para el mal, el mal tiene que ser su fruto; y cuanto más esmerado e intenso el cultivo, los frutos más varios, venenosos y embrujado-

res. No hay sino echar una ojeada a los crímenes recientes en Francia, para observar cómo se acusa en ellos este sello de novedad dramática, obligando a exclamar: «¡Si parece un folletín!» Ahí está el famosísimo y al principio inexplicable de la calle de Ordeñer; los robos incomprensibles realizados por personas de alta posición, en circunstancias especialmente novelescas; ahí está esa obsesionante historia de Enriqueta Martí, fermentada en corrupciones; historia que, parece rodearse, de más espesas sombras, de misterio más impenetrable, cuanto más se habla y escribe de ella. No cabe duda; lo mismo los criminales que los policías, encuentran hoy, para su combate secreto y subterráneo, poderosos elementos auxiliares en los adelantos prácticos de la ciencia, y los aprovechan como aprovecha un general las armas nuevas, los últimos explosivos, las conquistas de la aerostación. ¿Qué otra cosa sino una guerra es lo que la policía riñe con las huestes, cada día mejor organizadas, del crimen? Hasta las ideas políticas han venido a influir en esta organización temible de los malhechores. Lo cual no es completamente una novedad: en todo tiempo, las vicisitudes de la política han impreso su huella en la criminalidad, ejercitada en gavillas, o por medio de asociaciones con jefes reconocidos, y subordinados que llegan hasta el fanatismo en su obediencia. De esto pudieran citarse innumerables ejemplos históricos, desde los *calentadores* del Mediodía, en el período revolucionario francés, y la Maffia y la Camorra sicilianas, hasta los nihilistas rusos y los carbonarios románticos, cuyo santo patrono es Orsini. Sin duda existe una escala de matices y grados entre el criminal político descrito y estudiado por Lombroso, y el apache parisense; pero todo crimen es un crimen, y atenta a los cimientos de la sociedad; todos tiene que perseguirlos la policía con igual empeño. De aquí el extraordinario incremento de esta institución, el carácter cada vez más científico de que se reviste, la labor que realiza, unas veces con inteligencia y fortuna, otras con cierto descuido, sería ocioso negarlo..., y, síntoma curioso: al lado de la policía oficialmente constituida, empieza a alzarse otra, espontánea, la del público, que se aficiona, como a la caza, a estas investigaciones. En primera línea, los periodistas, ávidos de noticias, deseos de servir al lector manjares que despierten su apetito. Un periodista puede ser para la policía buen auxiliar. No sólo es un auxiliar hasta cierto punto desinteresado, sino lleno de amor propio y de anhelo de acertar y rasgar los velos y encontrar el fondo de los hechos. En todo periodista hay lastre de literatura; raro será el que no haya probado sus fuerzas en novela o drama. Así pueden fácilmente ver en los hechos esas conexiones de la fantasía que son reales o pueden serlo; esas explicaciones que a veces no encuentran los que pertenecen a un oficio, a una profesión, y se encierran en su rutina. No negaré que pueda también inducir a error el considerar las cosas desde un punto de vista demasiado novelesco; pero tampoco es modo de acertar mirarlas con profesional tedio y desgana, admitir por pereza cualquier explicación, y no apreciar, en los diversos casos, los antecedentes que los prepararon y los diferencian...

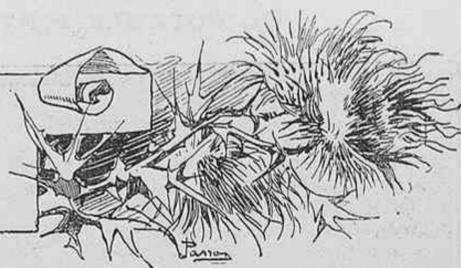
Yo he oído decir—siempre hay quien acuse a las letras con fruición—que en el desarrollo creciente de la criminalidad organizada y osada, que levanta la cabeza en los grandes centros, correspondía no escasa parte de culpa a esas novelas donde, en vez del caballero andante, surge la figura complicada y resbaladiza de Shérlock Holmes, defensor de los inocentes, descubridor de los culpados, por mucho que se escondan y multipliquen sus disfraces y transformaciones; a esas novelas ya predilectas del público en Francia, en Inglaterra, en Alemania. Disculpemos a las novelas o a sus autores, ya que no han creado el estado de cosas, y son, al contrario, fruto de él. El ejército del crimen da cada día más que hacer, y, por consiguiente, que hablar. A la vista tengo los diarios de hoy: hablan de los crímenes cometidos por la banda a que pertenecía el anarquista y apache Carouy, mezclado en lo de la calle de Ordeñer, y que no había medio de capturar. Al fin, le divisaron cruzando, como un verdadero *Fantomas*, en bicicleta, con el pelo teñido y afeitada la barba, riéndose de la policía. Se le dió una batida en regla, disfrazándose a su vez, siempre como en las novelas, polizontes y detectives. La escena del arresto del bandido, es un capítulo que no dejarán perder los escritores que cultivan el género.

¿Por qué culpar a la literatura? Habría que repetir, por centésima vez, que una novela es un espejo paseado a lo largo del camino, y no es culpa del que lo lleva en la mano lo que en la brillante luna se refleja...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



EL AMOR QUE ASUSTA



En el jardín señorial, un viejo jardín que a la hora del crepúsculo adquiría esa pátina de grandeza y misterio que se desprende de las telas de Rusiñol, estaba Mari-Rosa. Mari-Rosa era la hija de un poderoso mercader que supo educar a su primogénita con el cuidado de aristócrata rancio. Era un buen hombre que nació en oculto rincón de la sierra y llegó a la ciudad sin más bagaje que un atillo con ropas y un montón de consejos en la mollera. Vió que en la ciudad era ley de respeto el tanto tienes tanto vales y dióse buen cuidado a construirse una bolsa para llenarla más de oro que de esperanzas. Pero cuando vióse rodeado de riqueza y respeto, procuró que su hija adquiriese lo que él ya no podía obtener para sí: un barniz social que borrara las huellas del terreno. Así, además, procuraba realizar dignamente la memoria de su buena esposa muerta al nacer la pequeña. Y Mari-Rosa fué enviada a un pensionado de Inglaterra donde aprendió la severa altivez de los severos ingleses, severidad como de santo gótico. Fué luego a París y allí aprendió el decir ingenioso, el mirar pícaro y ese culebreo de la galantería que hace a cada mujer tentadora y viviente; esa frívola mundanalidad que sabe decir promesas con los ojos y dar reveses con una sonrisa. Regresó, por último, a la ciudad donde vivía su padre; una vieja ciudad española con muralla romana, arco romano y un obelisco a medio construir en el centro de una plaza con acacias muertas, surtidor sin agua y bancos rústicos con nombres de amantes. ¡Esa plaza romántica en la que se arrullaron tantos amores fugaces, amores hijos del momento, que endulzaron nuestra juventud, los olvidamos con los años y vuelven a la vejez a ser recuerdos alegres!..

Mari-Rosa era rica, joven y romántica. Romántica se volvió al tornar al hogar paterno. El ambiente lo mandaba... Fué esquivo y coqueta en los pensionados, así era romántica en aquel palacio comprado por su padre en la almoneda de un noble arruinado que se mató al verse ahogado entre deudas. Aquel palacio y aquel jardín influían en Mari-Rosa. Hablaban a su alma de historias, de grandezas pasadas, que eran grandezas perdidas... Era la historia de una nobleza que pasó. ¡Poder divino de las grandezas muertas que conservan su perfume como un culto póstumo en los lugares que habitaron!

Mari-Rosa paseaba por el jardín al caer de la tarde; paseando leía. Le agradaban las novelas que hablaban de amor... Empezaba a necesitar de la lectura para satisfacer las ansias de su espíritu... ¡Era para ella todo tan fácil en el mundo que entretenía sus ocios con el ficticio relato de tristezas ajenas! Todo eran lisonjas en torno suyo. Era bella y rica. ¡Poderosos talismanes para abrir las puertas de los corazones! No había galán, en la ciudad, que no la adorase. Los poetas tenían siempre en los labios un madrigal para sus ojos; los Don Juanes una flor para su cuerpo; los buscadores de dote una galantería oteando el botín...

Ella reía de todos. Si no fuese tan rica nada la dirían —pensaba—. Y pasaban los días en galanteo continuo; y pasaban los años riendo entre amores y la niña empezaba a aburrirse de reír tanto.

Fué una tarde, en su paseo vespertino, cuando su padre se acercó a hablarla.

Estaba en el romántico jardín junto a una madre-selva en flor que tapizaba un cenáculo. Un surtidor cercano regalaba la música del agua al caer y en el bosque de un laurel visto a su padre; estaba allá, lejos; le veía en un caminal agitando un cazamariposas de seda rosa. Iba luciendo su calva brillante. ¡Un anciano cazando mariposas bajo el cielo azul!.. Parecía un príncipe de cuento de hadas agitando una bandera ante sus súbditos, camino del destierro... ¡No podía cazar mariposas!..

Llegó cansado, sudoroso. Mari-Rosa reía alocada. —¡A tus años!, decía. Un vejete cazando ilusiones...

Y el buen viejo tras la réplica, quedó triste y cabizbajo. Parecía un juez compasivo que no se atreve a pronunciar la sentencia.

Al fin habló. El momento era propicio. La niña escuchaba seria. Su padre tenía razón: aquello no podía seguir así. Tendría que casarse. El era viejo, viejo... Podría faltar y la nena necesitaba apoyo de varón... Tendría que elegir entre sus adoradores... Mari-Rosa pensaba buscando en sus recuerdos el nombre del que pudiera ser dueño de su corazón... ¡Buscaba en vano!.. Para ella los hombres eran servidores, nada más que servidores; y en las historias que leyó ninguna reina había dado su corazón a un esclavo...

Propuso a su padre viajar. Allá en la sierra tenían una casa blanca entre bosques de azahares. Nada más propicio para soñar y sentir amores. Cielo, aire, campo, flores... Agua que canta himeneos de ninfas y sátiros, y luna que brilla como lámpara de plata en las sagradas noches de leyenda... Y el buen padre reía viendo en la proposición una nueva aventura de la coquetuela. Reía de la luna de cara eterna que se burla de la mocita al verla rendir el eterno tributo... Reía de la luna burlona, consuelo de ensoñadores, confidente de los que perdieron la ilusión y mensajera de suspiros.

Al fin accedió. Y allá fué, a la casita de los azahares, la niña romántica y coqueta en busca de un dueño para su corazón.

Era en primavera cuando Mari-Rosa llegó a la sierra. El monte y el llano, al despedirse de lluvias y nieves, cubríanse con las galas de las flores. El aire era perfume. La casa blanca parecía altar ante el que inciensaban sus aromas los azahares. La cara de los labriegos, risueña ante la esperanza de la cosecha próxima, tenía esa alegría sana de las conciencias tranquilas; sacerdotes de la Naturaleza, a ella lo debían todo; practicadores de los ritos campesinos, llevaban tranquilos su vida de ascetas; olían a tierra; de ella salieron, a ella daban sus sudores, en ella tenían sus esperanzas y ella les prometía un suave descanso allá, en el record del camino, donde un ciprés solitario y triston señalaba, como un dedo de la mano del destino, el cielo azul.

Junto a la casa estaba el pueblo. El pueblo no era más que un montón de casas terrosas y grises agrupadas en torno de la iglesia; una iglesia a medio hacer con torre de una sola campana. Todo el pueblo formaba una plaza. Era a modo de un oasis de la larga carretera que ensanchaba su cauce polvoriento. Cercanera a la casa de los azahares había otras, más modernas que las del pueblo, construidas para ricos propietarios que parecían avergonzarse del contacto de las antiguas y miserables viviendas. Eran como las señoritas pueblecitas que viven con las mozas rucias y al encontrarse en la plaza no se saludan. ¡Poder de castas que resiste a épocas y amistades!

La llegada de Mari-Rosa al pueblo fué cosa insólita en el pacífico vivir de las gentes aquéllas. Los mozos la miraron como se mira a una imagen. ¡Parecía una princesa! Las mozas ricas la vieron con envidia primero, después con indiferencia. «Poco daño puede hacernos a nosotras —pensaron— esa señorita tan rica. ¡Cualquier mozo se acerca a ella!» Y las pobres, las zafias que ayudaban a sus padres en las labores del campo, la miraron como una venganza.

—Eso son mujeres, decían, y no esas cursis de aquí que lucen tan sólo percalinas y galindainas baratas.

Y Mari-Rosa empezó a otear entre los mozos buscando el soñado. Poco esperarían aquellos garridos donceles que pasaban sus horas discutiendo en el casino entre copa y copa, que había una dama soñando por ellos. Y ellos no se preocupaban.

La llamaban «la Princesa.» Así lo decían.

—¿Viste que princesa nos ha caído?

—¡Buena para habitar palacios!

—Palacio es la casa donde vive...

—Sí..., residencia de verano como los reyes.

—No tardará en venir su prometido... ¡Afortunado mortal!.. Será uno de esos que viven en automóvil.

Y hablando, hablando, llegaron a olvidar a Mari-Rosa. ¡Tan fuera de su alcance la consideraban! Hasta tal punto llegó el respeto que, Antonio, el más rico y por ende el más atrevido, envidiado por todas las mozas que consideraban como don sobrenatural una galantería de sus labios, lió un ramo de rosas frescas de su jardín y las arrojó a un barranco antes de acercarse a Mari-Rosa. ¡Tal fué el temor que de él se apoderó al llegar a la casita!

Pasaban los días y pasaban las noches monótonas y desesperantes. Ella esperando el atrevido, ofreciendo guerra con las armas de su coquetería toda, luciendo sus galas que no hacían más que levantar rumores de admiración y respeto. Era su paso por el pueblo como el desfile de una procesión india vista por un creyente romano. Respetaban la fastuosidad, la gracilidad del semblante, pero no sentían nada en el pecho. Pasaba ella esperando que un galán se acercase volcando ante sus plantas un torrente de flores y galanuras, hablándole del hechizo de sus ojos, de la elegancia de su cuerpo, de la frescura de su risa... Pero pasaba y sólo oía muestras de respeto:

—¡Vaya con Dios la señorita!

—¡Salud tenga siempre la señora!..

Y ella, llevada por el despecho de su fracaso, contestaba burlona. Era gesto de reina que ha recibido la afrenta de una descortesía.

Las noches de luna clara, aquella luna que había de llevar en sus rayos de ilusión el doncel despertador de la niña, las pasaba Mari-Rosa triste en su retiro. Acodada en la reja tapizada por hiedra verde y húmeda, miraba al pueblo. Lejos se oían voces de mozos cantando amores... Eran las rondas que con sus guitarras ofrecían a sus amadas el regalo de dulces endechas. Y los cantares salían vibrantes de pasión, cantares de esperanzas; marchaban de reja a reja, de ventana a ventana y al pasar ante la de Mari-Rosa callaban todos, diciendo como gnomos que guardan en una caja de oro y cristal una princesa encantada:

—¡Callad, que no se despierte la señorita!..

Y otra vez lejos volvían a sus cantares dejando a Mari-Rosa llorando como lo haría la virgen de un santuario olvidada por sus fieles...

Llegó el invierno con sus tristezas a aumentar las amargas de la niña. Vinieron las lluvias y los árboles se despojaron de su vestido de follaje y las flores se agostaron olvidadas. Mari-Rosa, apenada, volvió a su ciudad.

En la ciudad esperaba el padre, ansioso, saber las cuitas de la niña.

—¿Qué pasó, hija? ¿Qué pasó?

Y la niña contestó llorando:

—Nadie, padre, nadie... Aquí todos... Allá ninguno... Aquí todos buscando mi oro... Allá mi oro alejándolos...

Y el padre quiso consolarla.

—No desesperes, hija... Tarde o temprano sonará la hora... La tuya no llegó... Esto será lección para tu conducta... Aquí con todos jugaste... Quizás alguno de entre ellos te quiera y tú lo confundiste con todos... Sabes aquel verso:

«De los que en la vida por amarnos mucho quizás no supieran su amor expresar...»

Aquí sólo oíste lisonjas falsas por escuchar las lisonjas de todos... No rías tanto, que la risa tuerce los labios y esconde el corazón... Y es que hay amores que asustan... Asustaste al de aquí con tus locuras; asustaste al de allá con tu altivez... Mucho jugaste, mucho... ¡Que las flechas del niño ciego que —según tú— atraviesan las paredes de un palacio, no saltan los muros de la coquetería!..

EL NOTABLE PINTOR JOSÉ GARCÍA RAMOS, FALLECIDO EN SEVILLA EN 2 DEL ACTUAL



García Ramos en su taller de Sevilla

Otro artista de grandes méritos acaba de desaparecer de entre nosotros; fué un pintor de grandes alientos, un dibujante de primera fuerza, discípulo aventajado y querido de D. José Jiménez Aranda.

Su producción, tan copiosa como celebrada, tuvo por principal objetivo dar a conocer la Andalucía característica y verdadera, tal y como se observa sin las exageraciones y extremos a que nos tenían acostumbrados algunos pintores más amantes de la fantasía que de la realidad. José García Ramos, bajo este concepto, ha prestado un señalado servicio al arte y a su país.

Nació en la hermosa Sevilla, en la que fué patria del gran Murillo, en el mes de marzo de 1852, y muy pronto dió a conocer sus aptitudes y condiciones para el estudio del arte, comenzando a recibir las primeras enseñanzas de dibujo, a la temprana edad de nueve años, en la Escuela Provincial de Bellas Artes, alcanzando los primeros puestos en todos los cursos, singularmente en los de natural y colorido, bajo la dirección del profesor e ilustre artista D. Eduardo Cano. Suspendidas las clases oficiales en el año 1868, pasó a continuar el estudio de la pintura bajo la dirección del ya célebre artista D. José Jiménez Aranda, quien alentó de tal manera al novel pintor, que le indujo a dar a conocer sus primeros cuadros, que hicieron concebir grandes esperanzas para su porvenir.

Ya hemos dicho que García Ramos era genuinamente andaluz y como tal, desde los comienzos de su carrera artística, pintó, con gran fidelidad, los tipos y cuadros de costumbres andaluzas, sin efectismos ni rebuscamientos, utilizando siempre como únicos recursos su buen gusto, que le permitía escoger sus modelos entre las mujeres más bellas y graciosas, los galanes más apuestos y los viejos más agradables, reproduciéndolos con correcto dibujo y brillantes colores. A estas tan estimables cualidades, continuadas y mejoradas durante su vida artística, debió la justa fama que adquirió y que merecieron todas sus producciones.

En un corto período de algunos años avaloráronse sus cualidades artísticas, faltándole para perfeccionarlas las enseñanzas que hablan de reportarle algunos

viajes por el extranjero; mas para realizar su propósito tropezaba con la dificultad de que sus padres, de posición modesta, no podían sufragar los gastos que su permanencia en extranjero suelo representaba. En

la concesión de una de las pensiones que se otorgaban a los jóvenes más aventajados; mas como García Ramos no tenía otros méritos que sus cualidades y su amor al trabajo y carecía, en cambio, de la protección que hubieran podido dispensarle influyentes valedores, hubo de experimentar la amargura de ver denegada su pretensión, obligando a sus buenos padres a reunir, a costa de grandes sacrificios, la suma necesaria para su traslado y corta permanencia en la Ciudad Eterna. Instalado ya en ella, dedicó al estudio con verdadero afán, pintando muchísimos cuadros que vendía fácilmente, permitiéndole los productos de su ingenio y su pincel prolongar su estancia en aquel centro del arte antiguo y moderno. Entre los cuadros que pintó en aquella época hemos de citar, en primer término, los titulados *La salida de un baile de máscaras* y *El primer ensayo*, así como su notabilísima obra *El Rosario de la Aurora*, adquirida por la casa Gonfiel de París. Trabó también conocimiento con el negociante en cuadros de Londres Mr. Arthur Zooth, con el cual ha sostenido provechosas relaciones.

En 1882 fijó definitivamente su residencia en Sevilla; allí ha producido esos cuadros que han contribuido a cimentar su reputación, que se titulan *Los novios*, *El patio del Generalife*, *La boda*, *La despedida del contrabandista*, etc., etc.

Algo refractario a concurrir a las Exposiciones de Bellas Artes, sólo dos premios obtuvo en ellas por dos obras que merecen todo género de alabanzas: el precioso dibujo a la sepia titulado *El secuestrador*, distinguido en la Nacional de Madrid de 1884 y en la Universal de Barcelona de 1888, y el cuadro al óleo titulado *¡Fué un artista!*, recompensado también en la Nacional de 1890.

No nos ha sorprendido el general sentimiento que su fallecimiento ha producido entre sus compañeros y conciudadanos, pues era un artista de indiscutible valía a quien consideramos como uno de los más notables pintores sevillanos.



Escena de Carnaval, cuadro de José García Ramos. (Exposición Pinelo, Buenos Aires.)

terado José Jiménez Aranda, que se hallaba establecido en Roma, de los inconvenientes que se oponían a la realización de los deseos de su discípulo, aconsejóle que solicitara de la Diputación Provincial

quien consideramos como uno de los más notables pintores sevillanos.

A. GARCÍA LLANSÓ.

ESCENAS POPULARES SEVILLANAS



POR LA TAPIA DEL JARDÍN, cuadro de José García Ramos

EL «ORFEÓ TARRAGONÍ» EN MADRID

La excursión a Madrid realizada hace pocos días por el *Orfeó Tarragoní* ha sido un triunfo para esta benemérita entidad y para sus directores, el señor

dió su primer concierto en el Teatro Español, ejecutando composiciones de Gols, Mas y Serracant, Morera, Pujol, Cogul, Nicolau, Mendelssohn, Pérez, Jannequin, Lassus y Palestrina, que le valieron calurosas ovaciones.

cierto en el Teatro Español a beneficio de la Sociedad Matritense de Caridad, habiendo asistido a él SS. MM. Todas las piezas ejecutadas fueron entusiastamente aplaudidas y al terminar la fiesta los orfeonistas prorrumpieron en vivas a España y a Madrid, a los que el público respondió con otros a Cataluña y a Tarragona. El director del *Orfeó*, acompañado de una comisión de señoritas orfeonistas, subió al palco regio, llamado por los reyes, quienes le felicitaron por el brillante éxito artístico alcanzado.

Aquella misma noche salió de Madrid el *Orfeó*, siendo despedido en la estación por el alcalde y una comisión del Ayuntamiento y numeroso público que, al partir el tren, saludaron con vivas y aplausos a los expedicionarios.

Los orfeonistas tarraconenses han dejado en la corte la mejor impresión y seguramente guardarán un recuerdo imborrable de las muestras de afecto y de admiración de que allí han sido objeto.

BERLÍN

EXPOSICIÓN DE NAVEGACIÓN AÉREA

El día 3 de este mes inauguróse en Berlín esta exposición, habiendo asistido al acto inaugural los príncipes Enrique, Federico Leopoldo y Segismundo de Prusia, los príncipes de Arenberg y Salvador de Ysemburgo, los duques Adolfo Federico de Mecklenburgo y de Ratibor, el almirante Hollmann y otras altas personalidades.

La exposición hállase instalada en el *hall* del Jardín Zoológico y en ella figuran numerosos aparatos de todos los sistemas, llamando

especialmente la atención entre ellos un destructor aéreo provisto de su ametralladora, el triplano Euler, el monoplano Grade, de muy reducidas dimensiones y forma de pájaro, y el monoplano torpedo Garuda, todos ellos debidos a la industria alemana.

Alemania, que ha reconocido la utilidad de estos aparatos en caso de guerra, se dispone a crear una flota aérea y a este efecto el príncipe Enrique, hermano del emperador, ha fundado una Sociedad



Madrid.—El «Orfeó Tarragoní» ejecutando algunas composiciones delante de la Casa de la Villa, adonde fué a depositar su estandarte. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

Gols y la señorita Enguela. El pueblo matritense ha acogido a los orfeonistas con verdadero cariño, agasajándolos con varios festejos, y ha llenado los coliseos en donde han dado sus conciertos, aplaudiendo con entusiasmo su labor, bajo todos conceptos notable.

El *Orfeó* llegó a la corte el día 6, siendo recibido por el alcalde accidental Sr. García Molinas, por el secretario del Ayuntamiento, por los diputados señores Caballé, Kindelán y Salvatella y por otras muchas personalidades distinguidas, que le saludaron con grandes aplausos y vivas a Cataluña, que fueron contestados por los catalanes con calurosas aclamaciones a España y a Madrid.

Al día siguiente los orfeonistas visitaron el Palacio Real, San Francisco el Grande, la Catedral, el Senado y el Congreso, y por la noche asistieron, especialmente invitados por la Orquesta Sinfónica, al concierto que daba ésta en el Teatro Real.

El día 8 efectuóse la ceremonia de depositar en el Ayuntamiento la bandera del *Orfeó*. Desde el teatro Español, los orfeonistas, precedidos de un piquete de la Guardia municipal, dirigieronse a la Casa de la Villa, siendo recibidos los directores en el despacho del alcalde por éste y una comisión de concejales, y ejecutando los orfeonistas varias composiciones, que fueron entusiastamente aplaudidas. Por la tarde, una comisión del *Orfeó* visitó a S. A. la infanta Isabel.

El presidente del *Orfeó* señor Font, el director Sr. Gols y una comisión del Ayuntamiento de Tarragona, presidida por el alcalde Sr. Guasch, acompañados por el senador marqués de Griñi y por los diputados señores Nicolau y Kindelán, ofrecieron el día 9 sus respetos a SS. MM. el rey D. Alfonso y las reinas Doña Victoria y Doña María Cristina. Por la tarde, el *Orfeó*

El día 10, los orfeonistas fueron obsequiados por el Ayuntamiento de Madrid con un banquete que se celebró en los Viveros de la Villa y al cual asistieron, además de los agasajados, casi todos los concejales madrileños, los diputados por Tarragona y la comisión del municipio tarraconense. La fiesta fué animadísima y al final de la comida pronunciaron elocuentes brindis los alcaldes de Madrid y de Tarragona. Por la tarde, el *Orfeó* obtuvo un nuevo y grandioso éxito en el concierto que dió en el



Berlín.—Exposición de Navegación Aérea inaugurada el día 3 de los corrientes (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

Gran Teatro y al que asistió S. A. la infanta Doña Isabel.

En la tarde del día 11 dió el *Orfeó* su último con-

Científica de Aviación y dirigirá un llamamiento al pueblo alemán y abrirá una subscripción nacional para ofrecer aeroplanos al ejército.—R.



París.—El príncipe de Gales (x), acompañado de su profesor Mr. Escoffier y del hijo del marqués de Breteuil, en el Bosque de Boulogne. (De fotografía de Carlos Delius)

EL PRÍNCIPE DE GALES EN PARÍS

Desde hace unos días encuéntrase en París el príncipe de Gales, quien permanecerá en aquella capital algunos meses. Como viaja de riguroso incógnito, con el título de conde de Chéster, no se le tributaron honores a su llegada.

El objeto de la visita a la capital de Francia del príncipe, a quien acompaña su preceptor Mr. Hansel, es perfeccionarse en la lengua francesa, visitar los museos y bibliotecas, asistir a algunas conferencias científicas y ver de cerca la sociedad parisiense, para lo cual acompañale también su profesor de francés Sr. Escoffier.

El príncipe se hospeda en el palacio del marqués de Breteuil, que fué íntimo amigo de Eduardo VII.

Al día siguiente de su llegada, el príncipe abandonó por unas horas el incógnito para hacer la visita oficial al presidente de la República y para recibir luego la de éste en la embajada de Inglaterra. Terminados estos actos, volvió a ser el conde de Chéster y como tal vivirá durante esta temporada en París, primera etapa del viaje que ha de realizar por las principales capitales de Europa.

EL CAPITÁN JOST

El día 28 de febrero último, mientras efectuaba un vuelo en la escuela de aviación de Etampes, el capitán Jost cayó con su aparato desde una altura de quince metros, fracturándose ambas piernas y sufriendo una grave herida en la cabeza.

Conducido al hospital de Etampes, el día 30 del mes pasado falleció allí repentinamente.

El capitán Jost era uno de los más antiguos pilotos militares, puesto que tenía su diploma desde el 19 de octubre de 1910.

Había nacido en Nancy en 7 de marzo de 1877.

PARÍS.—EL RAID HÍPICO

En vista del excelente éxito que tuvo el año pasado el raid hípico o prueba de fondo organizada por *Le Matin*, se ha re-



El capitán Jost, notable aviador francés fallecido recientemente a consecuencia de una caída de aeroplano. (De fotografía de M. Rol.)

petido ésta en el presente año, aumentándose la distancia de 300 a 350 kilómetros y concediéndose para recorrerla noventa y seis horas.

Los cuatro pelotones que habían partido de los cuatro puntos extremos de Francia llegaron al hipódromo de Auteuil el día 2, siendo allí recibidos por un público numerosísimo con aclamaciones entusiastas.

Poco después llegó el presidente de la República y cuando éste hubo ocupado su puesto en la tribuna oficial, en donde



París.—Monumento a los bomberos, obra de H. Lemaire. (De fotografía de Carlos Delius.)

estaban varios ministros, autoridades y altas personalidades, comenzó el desfile de los cuatro pelotones. Después los jinetes echaron pie a tierra y fueron conducidos ante el Sr. Fallières, quien les felicitó y entregó a los cuatro jefes sendos bronces artísticos, a cada oficial una medalla de oro, a cada sargento una medalla de plata y a cada cabo y soldado una medalla de bronce.

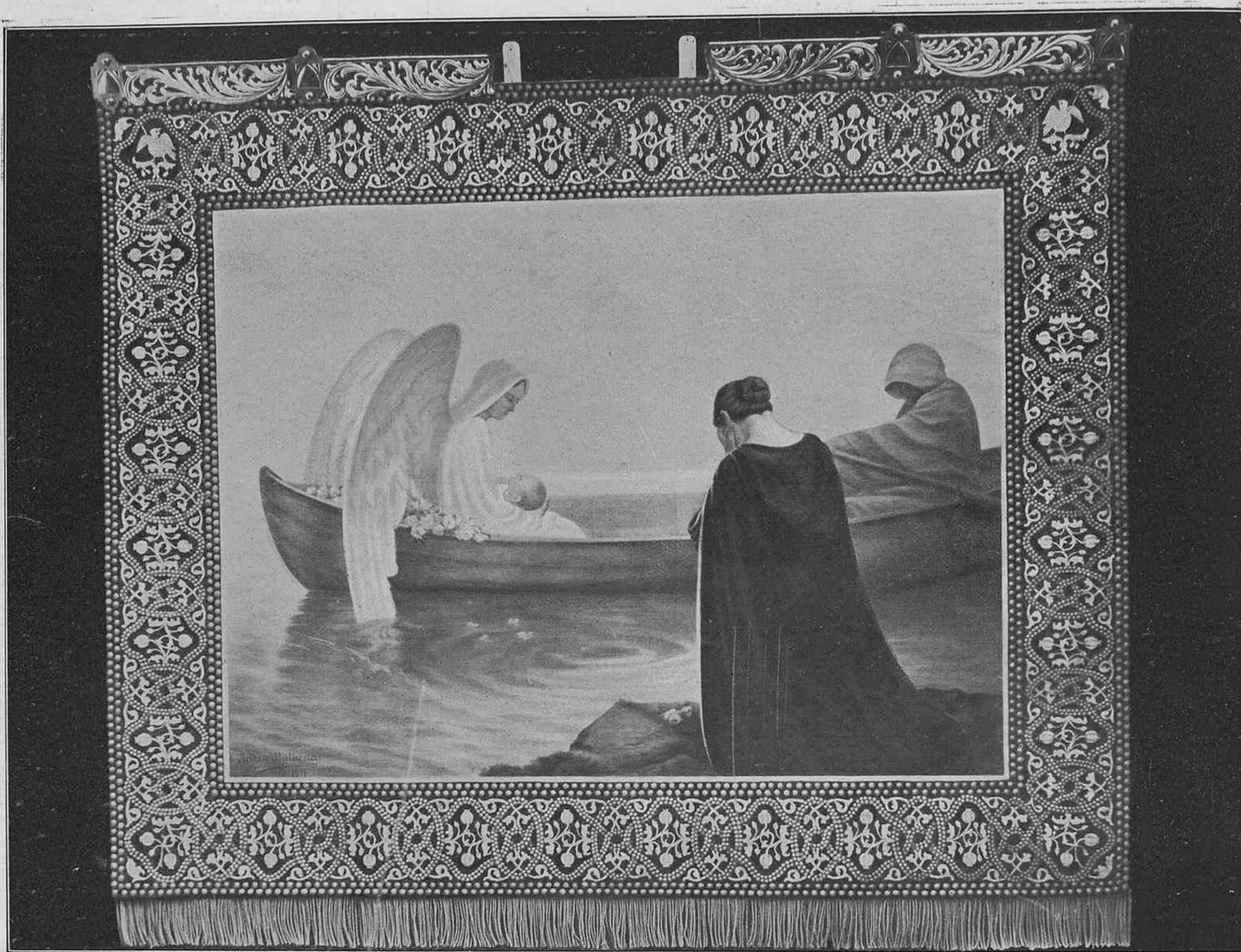
PARÍS.—MONUMENTO A LOS BOMBEROS

En el *square Violet*, de París, se ha erigido el monumento que reproducimos adjunto en conmemoración del terrible incendio del teatro de la Opera Cómica ocurrido en 1899.

Este monumento es obra del celebrado escultor francés Lemaire, quien ha sabido sintetizar en el hermoso grupo del bombero llevando en brazos a una joven desvanecida y por él salvada de las llamas la idea que a la erección de aquél ha presidido.



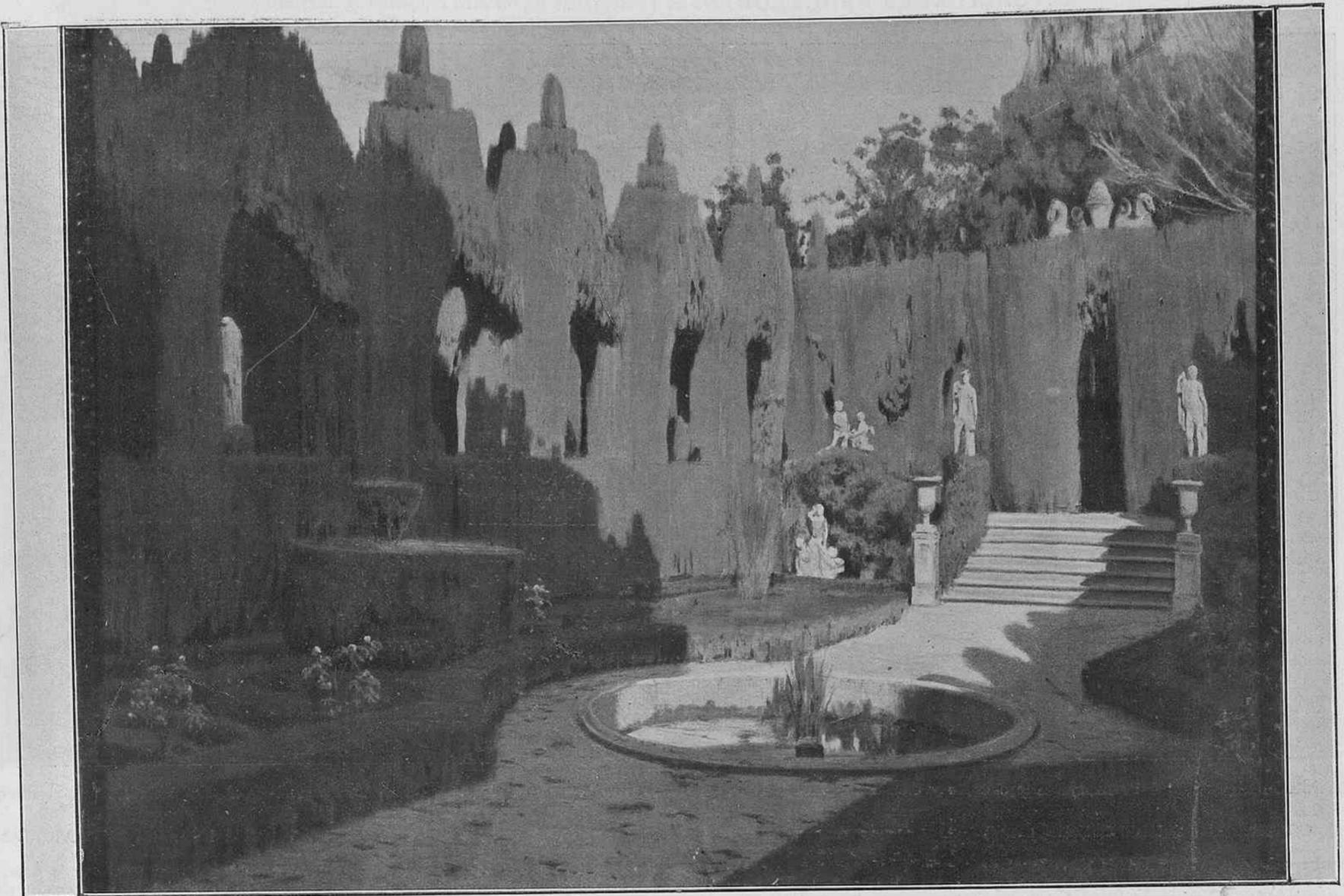
París.—Desfile por delante de la tribuna en el hipódromo de Auteuil de los pelotones de caballería que han tomado parte en el raid hípico (De fotografía de M. Rol.)



LA MADRE, tapiz pintado por Arturo Bulbena



EL TRIUNFO DE SAN JORGE, tapiz pintado por Arturo Bulbena

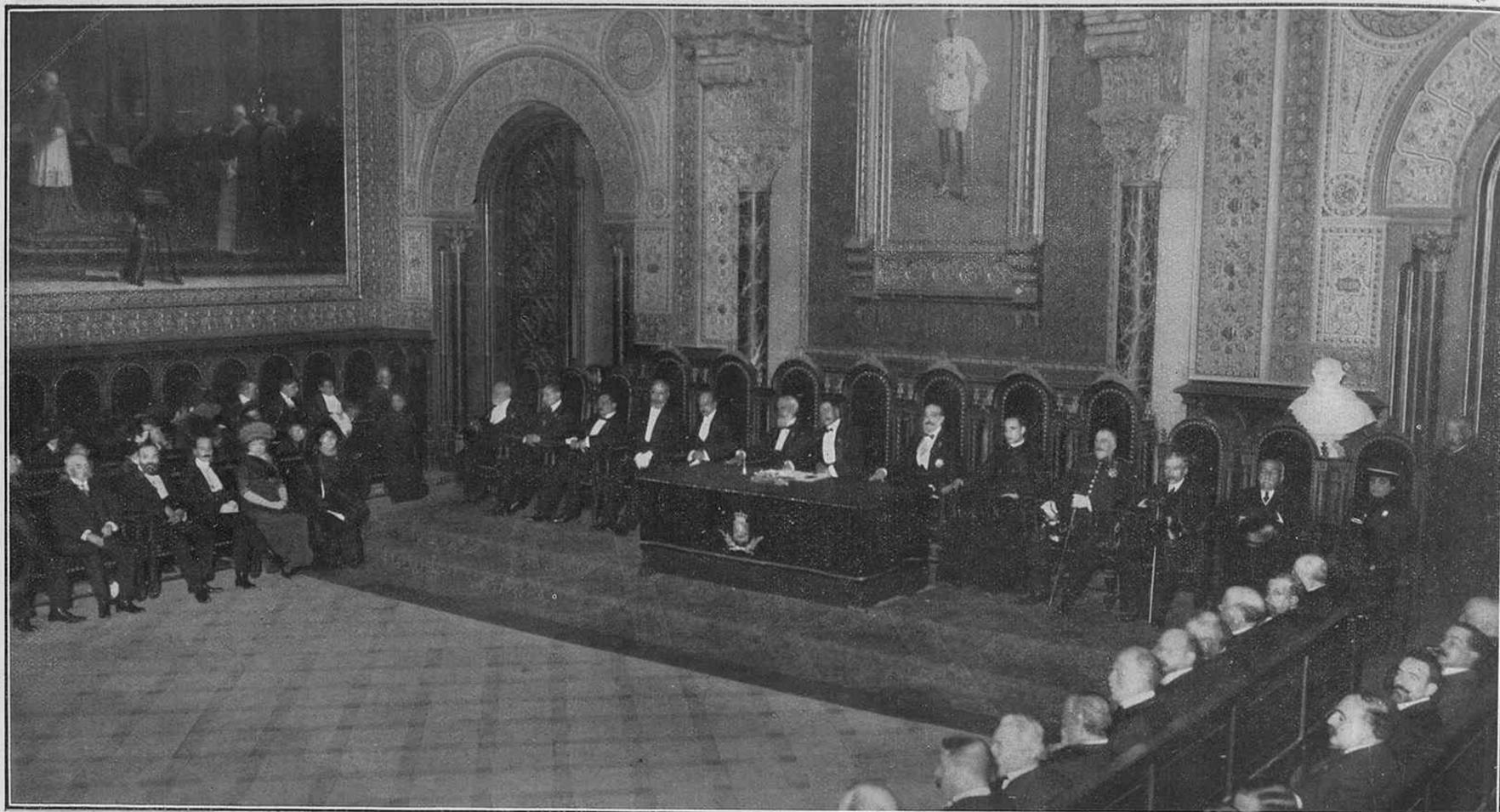


JARDÍN EN VALENCIA, cuadro de Santiago Rusiñol



SALÓN DE LOS REYES CATÓLICOS EN LOS JARDINES DE ARANJUEZ, cuadro de Santiago Rusiñol

ACTUALIDADES BARCELONESAS. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Sesión inaugural del Primer Congreso Español de Higiene Escolar celebrada en el Paraninfo de la Universidad el día 8 de los corrientes

CONGRESO DE HIGIENE ESCOLAR

El primer Congreso Español de Higiene Escolar recientemente celebrado en nuestra capital ha revestido grandísima importancia así por el número y la calidad de las personas que en él han tomado parte como por los temas que en él se han discutido.

La sesión inaugural efectuóse en el Paraninfo de nuestra Universidad y estuvo presidida por el rector de ésta Excelentísimo Sr. barón de Bonet en representación de S. M. el Rey. Ocupaban los demás sitios de la mesa presidencial el doctor Altamira, delegado del ministro de Instrucción Pública; el Dr. Tolosa Latour, delegado regio en este Congreso; el alcalde Sr. Sostres, representantes de las autoridades, el exdelegado regio de primera enseñanza Excmo. Sr. conde de Lavern y la Sra. Casajemas de Llopis, vocal de la Junta de Instrucción Pública. En el estrado veíanse representantes de muchas corporaciones oficiales y particulares, y el salón hallábase lleno de selecta concurrencia en la que predominaban las señoras.

El Dr. Anguera y Sojo leyó una memoria historiando el origen del Congreso, hijo de la necesidad que se siente de mejorar nuestra raza desde la escuela y exponiendo en síntesis la labor que aquél se propone realizar.

El Dr. Mer, presidente del Comité ejecutivo, leyó unas cuartillas explicando la actual situación de las escuelas y demostrando cuán indispensable es su higienización.

problemas como los que ésta entraña, requiérese ante todo un estado de opinión que hoy desgraciadamente no existe.

Como complemento del Congreso, se ha organizado en el Palacio de Bellas Artes una exposición de higiene escolar y trabajos escolares, en la que hay notabilísimas instalaciones de los principales colegios de esta ciudad.

ASAMBLEA DE ASOCIACIONES CATÓLICAS

Durante los días 7, 8 y 9 del actual se ha reunido en esta ciudad la Asamblea de Centros de Defensa Social, Ligas Católicas y demás entidades análogas, a la que han concurrido ilustres representantes de asociaciones barcelonesas y de otras poblaciones españolas.

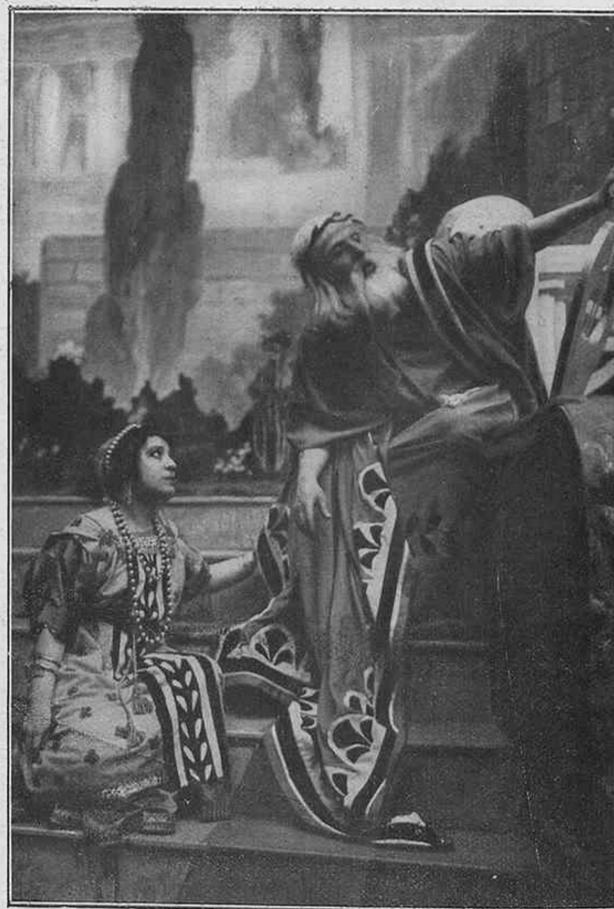
Las sesiones de esta asamblea se han celebrado en el local del Comité de Defensa Social y en ellas se han aprobado varias conclusiones referentes a la organización de las entidades federadas y a los medios de aumentar el número de los organismos de la federación, etc.

La inaugural fué presidida por el senador del reino Excmo. Sr. D. Rafael Rodríguez de Cepeda y en ella pronunció un discurso elocuentísimo el Sr. Marín Lázaro, secretario del Comité directivo de la Federación Nacional.

Los asambleístas visitaron el Centro de Defensa Social de Nuestra Señora de la Bonanova, en donde se

«NAUSICA» TRAGEDIA DE JUAN MARAGALL

El estreno de *Nausica*, tragedia en tres actos de Maragall, ha sido un éxito tan grande como legítimo. El excelso poeta ha triunfado después de muerto como triunfó en vida y los



Una escena del tercer acto de la tragedia «Nausica», obra póstuma del excelso poeta Juan Maragall, estrenada con gran éxito en el teatro Eldorado el día 6 del actual.



Sesión inaugural de la Asamblea de Centros de Defensa Social y Ligas Católicas

El Dr. Tolosa Latour expuso la necesidad de que el problema pedagógico y el de protección a la infancia se estudien unidos y compenetrados y se resuelvan conjuntamente.

Puso término a la sesión el Dr. Altamira con un elocuente discurso encomiando la obra del Congreso y poniendo de manifiesto que sólo una labor de persistencia puede obtener los deseados frutos en materia de educación, pues para resolver

había organizado en su honor una velada literario-musical y fueron obsequiados con una recepción en el palacio episcopal y un banquete en el Mundial Palace.

La sesión de clausura se efectuó en el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro y en ella los Sres. Pareja, Oller, Cano y Marín Lázaro pronunciaron elocuentes discursos que fueron aplaudidos con entusiasmo.

aplausos que a su obra póstuma ha tributado el público son la más hermosa apoteosis que pudiera hacerse a su impercedera memoria.

De un episodio de la *Odisea* tomó Maragall el argumento de *Nausica* y a la evocación poderosa de su genio hemos visto revivir en toda su belleza el antiguo mundo helénico y renacer los personajes creados por Homero más humanizados, por decirlo así, y moviéndose en un ambiente de placidez y poesía que subyuga el ánimo del espectador.

Las tres decoraciones pintadas por Junyent, Vilomara y Moragas y Alarma son de un hermoso efecto.

En la ejecución de *Nausica* se distinguieron las Sras. Baró, Fremont, Verdier y Mestres, y los Sres. Borrás y Capdevila.

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... todo había dado vueltas a su alrededor y había tenido que agarrarse al brazo de aquella. (Véase página 249.)

—Es verdad que aun no la conoces; y sin embargo puedes estarle bien agradecido, pues ella encontró a tu señora de Aspremont.

—¿Qué, sabes que se llama?..

—Sí, sé que ha dado este nombre en todas partes y hasta sé por qué ya no lo da.

—¿Por qué?

—Porque la familia de Aspremont, la verdadera, se lo ha prohibido.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un tipo a quien no me disgusta haber conocido, el amante de la comadrona.

—¿Cómo, ha dado a luz?

—Una niña.

—Y ahora, ¿dónde está?

—En casa del médico que la asistió en el hospital.

—De modo que fué al hospital.

—Sí, al salir de casa de la comadrona.

—¿Estaba enferma?

—A dos dedos de la muerte, y puede decirse que escapó por milagro de sus garras.

—¿Pero está mejor?

—Está ya bien y todos los días, mañana y tarde

va a Neuilly a dar lecciones en un pensionado muy aristocrático.

—Y su hijo, ¿es niño o niña?

—Niña. ¿Es esto una dificultad para tu negocio?

—Al contrario; pues si bien lo retarda un poco, en cambio lo presenta en mejores condiciones.

—¿Y qué hay que hacer ahora?

—No hacer nada y esperar.

—¿Esperar qué?

—Una muerte que quizás no tardará.

—¿Y cuando venga esa muerte?

—Entonces ya verás qué negocio hacemos.

XIII.—EL PUERTO DESPUÉS DE LA TEMPESTAD

La señora Lecoutellier, al dar un asilo a aquella naufraga que iba a arribar a puerto después de la tempestad no había obedecido más que al impulso instintivo de su corazón bondadoso; pero Claudio había obrado, además, por otro motivo. Sí, él, como su madre, había sentido una gran piedad por aquella mujer débil cuya probidad se rebelaba ante la idea de sucumbir impotente a una condenación inmerecida; pero aparte de estas razones del sentimiento movíale otra consideración. En efecto, veía acercarse el día, no próximo aun, pero inevitable, en que podría vivir cada vez menos aquella vida de familia, que era la única alegría de su madre. Se aproximaban sus últimos exámenes; dentro de algunas semanas se recibiría de doctor y dejaría de ser interno del hospital; mas no por ello podría consagrar mayor tiempo a su madre, puesto que, gracias a sus ruidosos trabajos, estaba llamado a dirigir muy pronto uno de los más importantes laboratorios de la facultad de Medicina. Y hasta preveía que, una vez en aquel puesto, todos sus ratos de ocio, todas sus veladas quizás, serían absorbidos por investigaciones ya comenzadas, que traerían consigo otras, las cuales se traducirían, de ello estaba seguro, en resultados definitivos incalculables. Entonces se agruparían en torno suyo unos cuantos trabajadores escogidos, imbuídos en sus ideas y en sus teorías que aportarían a la ciencia un torrente de hechos nuevos, de los que surgiría una revolución en el arte de combatir la enfermedad y en el modo de curarla.

Sí, tenía fe en todo aquello, la fe que de antemano llega a ser certeza, y sentía el orgullo de pensar que también él desempeñaría en la ciencia médica un papel de innovador como su ilustre maestro, Claudio Bernard, como aquel Pasteur que, veinte años mayor que él, hallábase entonces todavía en plena lucha para el triunfo de sus teorías nuevas. Sabía, pues, adónde quería ir, adónde iba, adónde le empujaba, casi a pesar suyo, el éxito de sus primeras tentativas; porque hay un momento en que el hombre superior no tiene siquiera la voluntad de resistir a la voz de la conciencia que le grita: «Tú detentas una partícula de verdad aun desconocida; tu deber es proclamarla e imponerla para el bien, para la salvación de toda una humanidad.»

Y cuando pensaba en la existencia que se preparaba, que había escogido, y cuyas batallas y victorias intelectuales apasionaban su vasta y altiva inteligencia, deteníase a veces lanzando un gran suspiro... ¡Cómo desaparecería en aquel torbellino su madre! ¡Cómo se quedaría la pobre cada día más sola! Y si su corazón maternal debía enorgullecerse de ello, en cambio, ¡cuán doloroso le sería renunciar a aquella vida dulce, tan íntima, tan tranquila, tan familiar y que se convertiría en soledad y en vacío!

Ahora, en cambio, estando en la casa Manuela, por la que su madre se interesaría, a la que amaría y que llegaría a ser para ella una costumbre y muy pronto una necesidad; y más adelante aquella niña que crecería en el jardín, que llevaría allí su vida juvenil, su risa cristalina y que serían tres, pues Rosalía a pesar de su aspecto hombruno era una sentimental, a acariciar, a cuidar y a mimar... sí, todo aquello sería la distracción, la preocupación de su madre, que se convertiría en una especie de abuela, cumpliendo de esta suerte la última función de maternidad para la cual ha sido creada la mujer. El, por su parte, no se veía con ánimos para ser esposo, padre de familia, teniendo que preocuparse con todas esas cosas materiales que para el hombre casado se convierten en deberes y que le harían descuidar forzosamente lo que él tenía la hermosa, la alta ambición de realizar. Pues bien, aquellos goces de la vejez que él vacilaba en proporcionar a su madre, un impulso de caridad se los traía, lo que le había hecho decir, conforme con sus teorías arraigadas:

—La casualidad no existe; la ley de armonía acaba por ponerlo todo en su verdadero lugar. Con esa señora y con su hija entrará en la casa el último rayo de sol que ha de calentar el otoño de mi vieja querida.

Y así fué. La forastera introducida en el hogar comenzó por ocupar en él muy poco sitio, mostrándose discreta, haciendo notar muy poco su presencia y desapareciendo con tímida reserva. Además casi todo el día se lo pasaba en Neuilly, en donde daba lecciones de nueve a doce y de tres a seis, y en donde la señora de Richault-Darbón vio desde el primer día que realmente su primo Claudio le había hecho un verdadero regalo presentándole a Manuela Casteras.

Levantada desde muy temprano, íbase a la avenida de Saint-Ouen a dar un beso a su querida Rolanda que crecía admirablemente en casa de la plan-

chadora y cuyas caricias la fortalecían y confortaban. Después dirigióse a Neuilly, adonde llegaba a las nueve, desayunándose por el camino con un panecillo.

Para empezar, la señora de Richault-Darbón la había destinado a una clase de niñas pequeñas. El primer día que entró en ella, precedida de la directora, sentíase más intimidada que las colegialas, quienes al verla exclamaron:

—¡Qué linda es la maestra de inglés! ¡Qué aire tan simpático tiene!

Pero Manuela era, además, animosa; tenía el valor que saben encontrar en su espíritu las madres. Tratábase de trabajos para el único ser que en ella reemplazaba al esposo, al padre, el nombre..., todo cuanto había perdido; y por Rolanda lo había olvidado todo: timidez, incertidumbre, inexperiencia. Por otra parte las niñas tienen sonrisas que hablan y ella había adivinado confusamente síntomas de buena acogida en las sonrisas de sus discípulas a las que contestó con una mirada dulce, afectuosa, acariciadora de sus hermosos ojos negros. Después, con su voz de armoniosas sonoridades, habíales dicho:

—Vamos a trabajar juntas y muy amigablemente. Vosotras seréis buenas y aplicadas para no disgustarme y yo seré buena y paciente para que muy pronto me queráis. Y de este modo, aprenderemos el inglés sin notarlos.

En seguida había comenzado su tarea maternalmente, familiarmente y sobre todo con paciencia suma. Y como hablaba el inglés tan puramente como el francés y enseñaba de una manera práctica y entretenida despojando de toda su parte enojosa a las teorías gramaticales, en pocos días había conseguido que todas aquellas niñas dijese algunas palabras inglesas y que todas la adorasen sin haber tenido necesidad de castigar a ninguna.

La señora de Richault-Darbón, que la proclamaba profesora sin par, apresuróse a confiarle también una clase superior; y Manuela, ya enteramente dueña de sí misma, había obtenido en aquella clase el mismo éxito brillante que en la elemental.

Por otra parte, la directora, demasiado inteligente para no retribuir del modo debido a aquella profesora cuya valía bien pronto había apreciado, habíale ofrecido espontáneamente, al cabo de pocos meses, un sueldo que a Manuela le parecía magnífico: doscientos cincuenta francos al mes. Con esto y con la renta de sus obligaciones, su posición era desahogada; y la vida familiar que había encontrado en casa de la señora Lecoutellier significaba para ella casi la realización de un sueño de tranquilidad y de paz.

Regresaba de Neuilly a la calle de la Torre a la hora puntual del almuerzo. Entonces ya no esperaban a Claudio; si éste no estaba a la hora, almorzaban sin él. La señora Lecoutellier charlaba sin cesar y Rosalía, mientras servía la mesa, metía su baza en la conversación... Manuela contaba lo que había hecho por la mañana y se complacía sobre todo en referir los mil detalles, siempre los mismos, de su cotidiana visita a Saint Ouen. Después volvía a toda prisa a Neuilly, porque la distancia era larga, y cuando el tiempo lo permitía hacía el camino a pie, pues el doctor, que para ella, como para todos los de la casa, era «don Claudio», le ordenaba casi aquel ejercicio higiénico. Por la noche, a las siete, estaba nuevamente de regreso; y a aquella hora, aunque él luego refunfuñase, se esperaba al rezagado; y para aquellas tres personas transcurría la velada rápida y agradablemente. Las más de las veces Claudio, inclinado sobre la mesa, entre sus libros y sus notas, absorbíase en algún trabajo interrumpido por la comida; en estos casos la charla de la señora Lecoutellier y las respuestas de Manuela eran más discretas, y las dos mujeres sentadas junto a la puerta-ventana respiraban el aire tibio de aquellas hermosas noches de otoño.

Manuela acompañaba a la madre de Claudio hasta las diez, hora en que la anciana solía acostarse.

—Buenas noches, señora Lecoutellier, decía aquella levantándose.

—Buenas noches, hija mía.

Y mientras la madre besaba a Manuela en la frente, el hijo le decía:

—Que usted descanse.

—Y usted también, don Claudio.

—¡Oh! No he acabado todavía.

—No te acuestes muy tarde.

—No, mamá, buenas noches. Buenas noches, doña Manuela.

Y se quedaba solo, trabajando siempre.

Manuela salía discretamente por la puerta que daba al jardín y entraba en su casa. Aquel momento era para ella el más penoso, pues significaba volver a la soledad, a los recuerdos y, demasiado a me-

nudo, a la desesperación. Pero, en fin, después de la fatiga del día y en la paz de aquel cuarto en donde la lamparilla lanzaba rosadas claridades sobre las cortinas de muselina, no tardaba en encontrar, en el sueño, el reposo del alma y del corazón, y sobre todo el olvido.

Tal era la existencia que llevaba todos los días y todas las noches en compañía de la calceta de la señora Lecoutellier. Y para ponerse al nivel de aquella infatigable calcetera, con frecuencia se ocupaba en labores de aguja cuya elección no era difícil, pues bastante trabajo tenía en confeccionar ropas para su Rolanda, tarea a la que sólo podía consagrar las noches y a la que con gusto habría dedicado todo el día. A veces, sin embargo, hacía una infidelidad a su hija, cuando el doctor aceptaba su ayuda para alguna investigación o para una copia. Y así nacían poco a poco en aquella atmósfera familiar la intimidad, la confianza, el afecto, de tal modo, que ahora era la señora Lecoutellier la que decía:

—¡Pero cuándo vendrá esa pequeña Rolanda que estará aquí mucho mejor que en el zaquizamí de su nodriza? ¡Y qué ganas tengo de verla arrastrarse por la alfombra!

Y al fin llegó el día en que se instaló en la calle de la Torre la niña que ya andaba, que comenzaba a balbucir algunas de esas palabras incomprensibles para los profanos y que extasían a las madres. Rolanda comenzó en seguida a trotar como un conejito en aquel jardín, inmenso para sus piernecitas, y desde el primer momento sintió por ella Rosalía una verdadera locura.

Manuela había hablado de tomar una muchacha que cuidase de la niña mientras ella estuviera en Neuilly y ayudase a la vieja criada en las faenas domésticas. ¡Nunca lo hubiera dicho!

—¡Lo dice usted en broma, señora Casteras?, había contestado Rosalía roja de indignación.

—Nada de esto. ¿Qué menos puedo hacer, cuando voy a darle a usted más trabajo, que darle también quien lo comparta?

—A mí no me gusta que nadie se entrometa en mis alacenas ni en mis cacerolas y su criada no haría más que ponerme nerviosa.

—Pero, mi niña...

—¡Vaya una gran cosa vigilarla de soslayo mientras hago la comida! ¿Acaso cree usted que me ayudaba alguien a cuidar del señorito Claudio cuando era pequeño. Y sepa usted que en la casa entonces había bastante más que hacer que ahora. Conque no se preocupe usted por la chiquilla... Cuando yo vaya a la compra, la señora estará más que contenta de vigilarla y hacerla compañía.

Y así había sucedido. Rolanda había llegado a ser la hija de aquellas tres mujeres y cuando empezó a hablar un poco mejor, aprendió a llamar «señora Lecoutellier» a aquella buena señora siempre sonriente y todavía vivaracha que tanto se asemejaba a una abuela; y sin que nadie se lo enseñara, habíase puesto a tutear a Rosalía, como veintiséis años antes la tuteara el señorito Claudio. Por otra parte, como era muy lista, se había percatado muy pronto de que la más sumisa a su voluntad era aquella Rosalía que la regañaba de continuo y siempre acababa por ceder a sus caprichos.

Rolanda quería mucho a la señora Lecoutellier y a Rosalía, pero quería mucho más a aquella para quien reservaba la palabra «mamá» que es la más adorable de las caricias y asimismo estaba persuadida de que nada era tan bueno y tan sabroso como los besos apasionados que aquella mamá le daba cuando volvía de Neuilly al mediodía y por la noche. Aquellos besos no se parecían a nada, ni a los mimos de la señora Lecoutellier, ni a las rudas caricias de Rosalía, ni a las más discretas pero muy emocionadas a veces de don Claudio.

Este no estaba ausente ni tan a menudo ni por tanto tiempo como había temido; y, sin embargo, todo había sucedido tal como él presintiera: el ingreso en el profesorado y luego la dirección de aquel laboratorio, objetivo de todos sus esfuerzos. En torno suyo se agrupaba ya la juventud selecta de las escuelas que le saludaba como a un maestro y trabajaba y avanzaba con él. Claudio se hacía célebre; el campo de sus experimentos y de sus investigaciones era cada día mayor, y pronto se vería desbordado por aquel empuje al que no podría oponerse y que trastornaba ya las academias y las universidades.

Y esto no obstante, todos los días substrafase a sus trabajos y cuando llegaba la noche, encontraba algunas horas disponibles y que pasaba en la calle de la Torre, atraído por un imán que ni él mismo sospechaba y que le restituía a aquella mesa de familia, a aquel comedor, en donde hallaba calor para el cuerpo y para el alma y en donde, así que habría la puerta, oía una vocecita infantil que gritaba:

—Ya está aquí.

En donde Rosalía, desde la cocina, hacía eco re-funfuñando.

—¡Lástima fuera!

En donde la madre apartaba los ojos de su semipiterna calceta para decirle, en el gozo de su orgullo:

—Buenas noches, hijo mío.

Y en donde la voz musical de aquella mujer exquisita le acogía con estas sencillas palabras que le envolvían en un estremecimiento de placer.

—Buenas noches, don Claudio.

Y él no sospechaba, ¡oh candor de esos sabios!, que todo lo que allí encontraba de confortación para el alma, de reposo para el espíritu, de tranquilidad para sus nervios era un encanto obrado por una hechicera humilde; no advertía que si por casualidad, Manuela estaba aún en su casa cuando él llegaba, el comedor le parecía menos tibio para el cuerpo y para el corazón; no veía que, en este caso, en cuanto asomaba aquella mujer por la puerta, su belleza le deslumbraba.

¡Era tan hermosa entonces Manuela!

El tiempo, que implacablemente consume su obra de paz, si no de olvido, había pasado por ella para calmar dolores cada vez más lejanos, para cicatrizar heridas cada día menos sangrientas.

Más de dos años habían transcurrido desde el comienzo de este relato, y con la calma, con la resignación y sobre todo con los goces íntimos que le proporcionaba Rolanda a quien adoraba y que, al presente, para ella lo era todo, Manuela había alcanzado el pleno desarrollo de su admirable belleza. Nunca había estado tan hermosa como en aquel momento en que cumplía veintidós años y en que el contacto de París le había dado aquella discreta elegancia que realizaba sus encantos de mujer morena, de cutis ambarino.

Y aquel hechizo era el que, en realidad, atraía todas las noches al doctor Claudio a la calle de la Torre.

XIV. — EL AÑO TERRIBLE

Entonces estalló la guerra de 1870, que cayó como un rayo en el laboratorio en donde Claudio vivía tan enteramente aislado de los clamores de la política y también en la casa de la calle de la Torre, a que no llegaba ningún rumor de afuera. Al principio habíase acariciado esperanzas, creyendo que se trataba de una última aventura que terminaría, como tantas otras temerarias empresas imperiales, con una rápida victoria; pero pocos días bastaron para desvanecer las ilusiones. Las primeras hostilidades fueron los primeros desengaños y mientras la multitud gritaba: «¡A Berlín, a Berlín!» Claudio entraba en su casa preocupado e inquieto; y al preguntarle su madre:

—¿Qué tienes, hijo mío? ¿Qué sucede?

—Tengo miedo de lo que veo y de lo que oigo, había contestado con acento de inquietud.

Su madre no le preguntó más... Aquel miedo estaba ahora en el pensamiento de las tres mujeres.

El mismo día recibió Manuela una circular que la señora de Richault-Darbón había enviado a todo el personal de su pensionado, diciendo que las vacaciones, hacía poco empezadas, se prolongarían hasta nuevo aviso.

Pocos días después, las jornadas de Reischofen, de Forbach y de Sedán, la invasión, la caída del imperio, la patria en peligro... Y París, bloqueado, veíase separado del mundo... El sitio comenzaba...

Había llegado el momento en que todo ciudadano se debe a la patria y sólo piensa en pagar esa deuda de sangre que el peligro y la derrota hacen más sagrada. No se trataba ya de edad, de posición social, de afectos familiares; viejos y jóvenes, ricos y pobres, todos partían alistados en los guardias móviles, o en los regimientos de frontera, o en los batallones de la guardia nacional.

Aquella noche Claudio, que no había querido desesperar anticipadamente a su madre, presentóse algo pálido y llevando escrita en sus ojos de acero una resolución firme.

—Mamá, es preciso tener valor.

—¡Te vas!

—Ahora mismo.

La pobre mujer lanzó un gran gemido, que no fue un grito de sorpresa, pues aunque no se había atrevido a hablar de ello a su hijo, hartó sospechaba y aun sabía lo que pasaba. Y con voz trastornada, pero en la que había la ansiedad de una esperanza ya suprema, preguntó:

—¿Formas parte de una ambulancia?

—No, mamá.

—¡Ah, se va como los otros a hacerse matar!

Y mientras su madre sollozaba en brazos de Manuela, que también lloraba, Claudio añadía:

—Sí, mamá, voy a cumplir mi deber como los demás, el deber que mi padre me habría ordenado que cumpliera, el deber al que no podría substraerme sin llenaros a todos de oprobio merecido.

—Pero tú no eres soldado y también en la ambulancia cumplirás tu deber.

—En la ambulancia hay más cirujanos de los que se necesitan y lo que hace falta son soldados... Acabo de alistarme en un regimiento de frontera. Esta noche duermo en el cuartel; mañana, no sé...

—¡Ah, Dios mío!, exclamó su madre abrazándole como para detenerle o defenderle contra el peligro hacia el cual corría.

—¡Mamá, no te desesperes, que tu desesperación me hace mucho daño! Resígnate; es el momento de los grandes sacrificios. Se me desgarran el corazón teniendo que abandonar a todos vosotros, que sois lo único que amo en el mundo; pero pregunta a doña Manuela, que también llora y que en este París sitiado tiembla también por la vida de su hija, preguntale si no obro como lo debo a mi patria y me lo debo a mí mismo. Doña Manuela, a usted confío mi pobre madre; anímela, consuélala, restitúyale en cuidados, en afecto lo que ella ha dado usted..., lo que le he dado yo también..., de simpatía y amistad.

Y sintiéndose dominar por la emoción, llamó bruscamente a Rosalía, la cual acudió anegada en llanto, porque todo lo había comprendido ya que estaba al corriente de las terribles noticias que por las calles circulaban.

—Rosalía, le dijo, no sé el tiempo que tardaré en volver, acaso mañana, quizás hasta dentro de algunas semanas, y es preciso preverlo todo. Mamá te dará el dinero que necesites y con este dinero, fíjate bien, es menester que juntes aquí la mayor cantidad de provisiones que puedas; porque los víveres van a escasear, el sitio puede durar mucho tiempo, vendrá la distribución de raciones y los pobres y los imprevisores pasarán angustias horribles.

—Ya tengo mucho reunido, respondió la criada, en la cueva, un poco en todas partes; hace tres meses compramos carbón y yo he ido economizándolo, porque oía cosas que me daban miedo.

—Sí, ya sé que tienes buena cabeza.

—Lo que tengo es que a todos os quiero mucho.

—Pues lo demostrarás evitando a tu señora, a nuestra amiga y a esa pobre niña los horrores del frío y del hambre. Cuento contigo.

—¡Ah, señorito Claudio! Si ellas carecen de pan es que no habrá ni un pedazo en todo París.

—Gracias; eres una criatura excelente. Y ahora, adiós.

—¡Claudio mío!

—¡Adiós, mamá! ¡Animo! Los malos días pasarán y yo volveré. Doña Manuela, adiós. ¡Cuántas cosas tenía que decir a usted! Pero no es esta ocasión oportuna. A todas las llevo en mi corazón. Infunda usted resignación a mi madre; ámela por amor a mí... ¡Adiós!

Y se marchó precipitadamente.

Ni el día siguiente ni los sucesivos aquellas mujeres vieron reaparecer al querido, al heroico ausente. Si éste hubiese querido habría podido escaparse algunas horas; pero, ¿para qué? Después de la alegría de volverse a ver, habríase reproducido aquella escena lamentable de lágrimas y de gritos. Y ahora que estaba cogido en el engranaje de aquella guerra de sitio que le llevaba de un extremo a otro del recinto de París y de sus fuertes, él también se había impuesto el sacrificio de no parecer por su casa, limitándose, después de cada combate, a enviar allí, cosa que era no sólo posible sino casi fácil, un billete anunciando que estaba sano y salvo.

En el entretanto, el sitio hacíase de día en día más terrible. Las mujeres de la calle de la Torre lloraban, rezaban y esperaban poseídas del estupor que sucede a las grandes catástrofes. Desde el 30 de noviembre, después de aquella batalla de Champigny que había comenzado con una especie de victoria para terminar, como todas, en una retirada, ni la señora Lecoutellier ni Manuela habían salido de casa y con la pequeña Rolanda refugiábanse en aquel comedorcito, en donde, a pesar del frío que empezaba a sentirse, apenas se encendía un poco de fuego, y en donde la niña se quedaba pensativa y triste al ver que su madre y su anciana amiga lloraban sin cesar y silenciosamente.

Sólo Rosalía recorría el barrio y aun se aventuraba más lejos para obedecer a Claudio para convertir la casa en un almacén de provisiones que ella ocultaba en los escondrijos más inverosímiles. Además, iba en busca de noticias, que cada vez eran más abominables. Y luego cada mañana acudía a la panadería que la gente tomaba por asalto, luchando para

obtener un pedazo de pan, que acababan de poner a ración. Hacía mucho tiempo que no había leche ni otra carne que la de caballo ni más pan que el llamado pan de sitio, aquellas galletas negras en las que había tanto polvo de carbón y tantos residuos inexplicables como partículas de harina averiada. Entonces Rosalía daba gracias a Dios de la previsión que su amo tanto le recomendará. Tenía conservas, harinas y patatas, y si a pesar de esto iba a hacer cola lamentándose y procurando llamar la atención para procurarse su negra galleta y su pedazo de carne, hacíalo a fin de despistar, porque alrededor de ella, en aquellos grupos famélicos ya no se hablaba más que de traición y de pesquisas. ¡Si aquellas gentes hubiesen sospechado lo que tenía escondido! ¡Si hubiesen ido a saquear la casa! Y esta angustia añadíase ahora a todos los terrores de su abominable existencia.

A cada instante el estampido del cañón causaba un sobresalto... Sería un combate en las avanzadas..., un reconocimiento..., una batalla... Tal vez Claudio se habría encontrado allí... Estaría entre los heridos..., entre los muertos... Y la pobre madre se consumía de dolor hasta que su hijo conseguía, por un prodigio de ingenio, enviarle noticias suyas. A lo mejor se presentaba un soldado, o un guardia nacional o una mujer, y la señora Lecoutellier recibía un billete estrujado, manchado, escrito las más de las veces con lápiz, que aportaba a la calle de la Torre unas horas de tregua y que siempre estaba concebido en estos términos: «Estoy bien... Esto no puede durar mucho... ¡Animo!» Y aquel día ya no se lloraba tanto y por la noche, a pesar del cañoneo, se dormía un poco.

En esto, llegó el 5 de enero y con él el bombardeo de París, aquel bombardeo que llenaba de fuego y de ruinas toda la orilla izquierda, que mataba en las calles, en las casas, en los hospitales, a los heridos, a las mujeres, a los niños. Las bombas hacían estragos en el barrio de Passy y las felices habitantes del pabellón de la calle de la Torre, refugiadas en la cueva, oían silbar y estallar sobre sus cabezas los proyectiles. Manuela, aterrada, estrechaba a su hija entre sus brazos; la señora Lecoutellier se estremecía a cada detonación como si esperase el golpe de gracia; y Rosalía, no pudiendo estarse quieta, se aventuraba a dar algunos pasos fuera de la casa para volver alocada y gritando:

—¡Hay fuego en todas partes! Dicen que arden los Inválidos, el Panteón, la Piedad. ¡Esto es el fin del mundo!

Cuando cesaba por un momento el fuego, aquellas mujeres, enterradas en la cueva, salían a la superficie del suelo para respirar; y en cuanto el bombardeo se reanudaba, volvían febrilmente, locamente a su escondite.

A todo esto, como Claudio no había dado señales de vida desde el combate de Bourget, al espanto del bombardeo juntábase en ellas el espanto de pensar qué le habría sucedido.

El día 19 de enero hubo gran tumulto a la puerta del pabellón. Oyéronse repetidos golpes y Rosalía fué a abrir murmurando:

—¡Vienen a registrar. ¡Estamos perdidas!

Pero en cuanto abrió la puerta lanzó un grito: había allí un coche de la ambulancia y en éste un herido.

—¡Virgen Santísima! Es el señorito Claudio.

Y el herido, que yacía desfallecido, pareció animarse para decirle:

—Quiero que me lleven a mi cama... Avisa sin alarmarlas a mi madre y a doña Manuela... Ellas, sólo ellas han de cuidarme, ¿lo oyen? Si me desmayo, que no hagan nada hasta que yo vuelva en mí.

Dicho esto, perdió el sentido y al colocarlo en la cama su cuerpo estaba inerte.

Basta un peligro supremo para que las mujeres sean heroínas. A las primeras palabras de Rosalía, acudieron al lado del herido la madre y la amiga; ya no lloraban ni sentían miedo y aun olvidaban el que habían pasado, y ni siquiera oían el bombardeo. Claudio estaba allí, herido, reclamando la única asistencia de aquellas en quienes tenía confianza. Pero ante todo era menester informarse; así es que mientras la señora Lecoutellier trataba de reanimar a su pobre hijo, Manuela interrogó rápidamente a los soldados que habían traído al herido.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Buzenval.

—¿Y quién los envía aquí?

—El médico del regimiento, a instancias suyas, respondió el soldado señalando a Claudio. Cuando cayó herido por una bala en el hombro y notó que el médico le cortaba la levita, abrió los ojos y dijo: «Soy el doctor Lecoutellier.»

(Se continuará.)

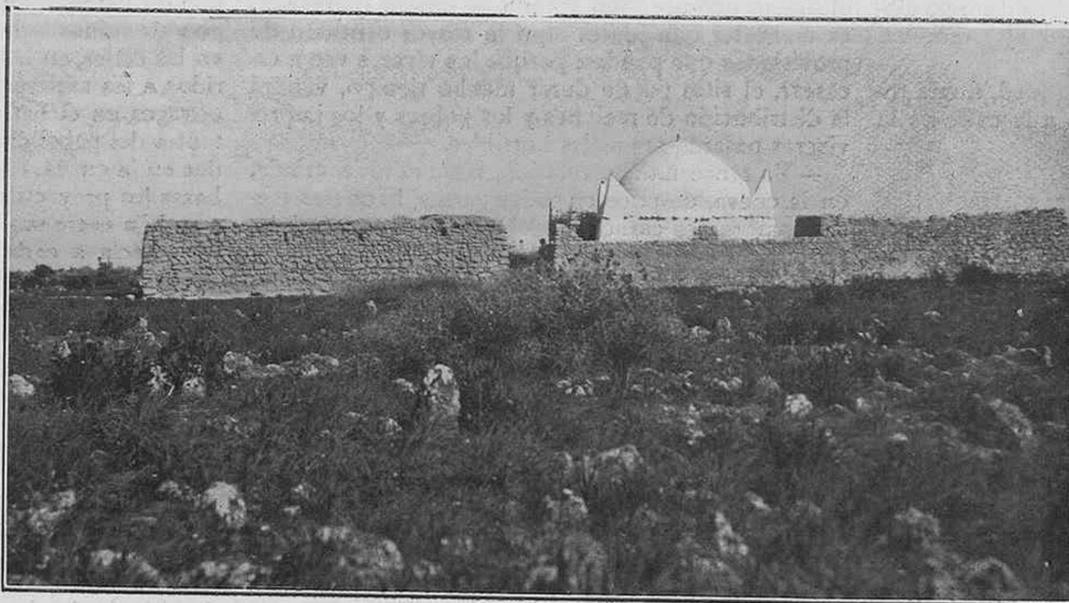
NOTAS DE MELILLA (Fotografías de Antonio Rectoret.)



Vista del campamento del monte Arruij. Sección de artillería. En el fondo, las avanzadas de las fuerzas regulares

Desde el combate del 22 de marzo último, del que oportunamente dimos cuenta, no ha ocurrido novedad de importancia en Melilla. Algunos tiroteos en las avanzadas, tal cual agresión de grupos de merodeadores, los acostumbrados disparos de los «pacos,» a esto se ha reducido la campaña en estas semanas.

Confidencias del campo enemigo presentan a la jarka muy cansada de tan larga lucha y dicen que el Mizzián, jefe de la misma, ha escrito a varias cabilas manifestándoles lo apurado que se encuentra y la necesidad de que le envíen refuerzos, pues son muchos los jarkeños que se marchan a Argelia con objeto de dedicarse a la siega y a otras faenas



Morabito en el campamento de la jarka enemiga en Bu-Armana, adonde va a orar el jefe de la misma el Mizzián

agrícolas propias de la estación actual. Aseguran, además, que son en gran número los moros que, por falta de asistencia facultativa, mueren a consecuencia de las heridas recibidas en el citado combate de 22 de marzo. Y afirman, por último, que son graves las disidencias que existen entre el kaíd Amar, de M'Talza, y el Mizzián, por querer aquél terminar la guerra y desear éste continuarla a todo trance.

Por otra parte, son cada día en mayor número las familias moras que con sus ganados regresan a los poblados que actualmente están protegidos por nuestras tropas, notándose esto muy particularmente en las intermediaciones de las últimas



Tropas protegiendo la aguada del monte Arruij para contestar a los disparos de los «pacos»



La comisión de la Academia General Militar en el campamento del Zaio, hablando con el sargento de la policía indígena que le da detalles acerca de los poblados que desde allí se divisan

posiciones conquistadas, es decir, de los montes Tummiat y Sammar.

El general Aldave, capitán general del territorio de Melilla, ha dirigido a los rifeños una proclama, invitándolos en sentidas frases a la paz, aconsejándolos que desoigan las excitaciones de unos cuantos ambiciosos y que se acojan a la protección de España y citándoles como ejemplo de los beneficios que esto les reportaría lo que acontece en las cabilas de Guelaya y Quebdana, que gracias a la presencia de nuestras tropas viven pacíficamente, disfrutan de todas las ventajas de la civilización y ven respetadas su religión y sus costumbres.

Recientemente ha estado en Melilla una comisión de jefes procedentes de la Academia General Militar con objeto de depositar una corona sobre la tumba del oficial García Cabrelles, primero de aquella procedencia que murió en la campaña de 1893. A la ceremonia, que se efectuó el mismo día de la llegada de los comisionados, asistieron el gobernador interino general Pa-

lomo, en representación del general Aldave, los generales Jordana y Larrea, nutridas comisiones de los cuerpos de la guarnición y muchas representa-

ciones del elemento civil. Pronunciaron sentidos discursos el comandante Sr. Tamarit, presidente de la comisión, el general Palomo y el general Larrea, profesor que fué de la Academia, y después de reza-do un responso por el vicario castrense, colocáronse sobre el mausoleo que guarda los restos de los muertos durante la citada campaña la corona dedicada a García Cabrelles y otra dedicada a los demás militares de todas las precedencias que en aquel entonces murieron en acción de guerra.

La ceremonia resultó solemnísima y altamente conmovedora.

Durante su estancia en Melilla, los comisionados de la Academia General Militar han efectuado varias excursiones a las posiciones, habiendo visitado, entre otros, los campamentos de Zeluán, Zaio y Avanzamiento, quedando complacidos del orden y de la organización que en ellos reinan y del estado de sus fortificaciones, y siendo en todas partes afectuosamente agasajados por los jefes y oficiales de las fuerzas en los mismos instaladas.—S.



La comisión de la Academia General Militar en el Avanzamiento felicitando al jefe de éste, coronel Sr. Pacheco, por la excelente disposición de las fortificaciones

Las casas alemanas y austro-húngaras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA, pueden dirigirse á la agencia de publicidad Rudolf Mosse, en Berlín, Breslau, Dresde, Dusseldorf, Francfort del Mein, Hamburgo, Colonia, Leipzig, Magdeburgo, Maguncia, Nuremberg, Stuttgart, Praga, Viena, Zurich.



**CITRATO EFERVESCENTE
"KING"**

LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO

Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona

**HISTORIA GENERAL
DEL ARTE**

*Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalistería,
Glíptica, Indumentaria, Tejidos*

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**AVISO Á
LAS SEÑORAS**

EL ANIOL 35 LRS
JORET HOMOLLE

CURA
**LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS**

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
El más suave y económico, el único inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

LA PRIMERA TRAVESÍA DEL CANAL DE LA MANCHA EN AEROPLANO CON UNA PASAJERA

Por vez primera un aviador ha atravesado el Canal de la Mancha llevando en su aeroplano a una pasajera. El atrevido piloto Hámel, de la casa Bleriot, hacía tiempo que acariciaba este proyecto, pero hasta ahora no había podido llevarlo a cabo, primero a causa del mal tiempo, y segundo por no encontrar compañera que quisiese efectuar con él el atrevido viaje aéreo. Al fin se decidió a acompañarle miss Davfés, distinguida *sportswoman* inglesa que todos los días realiza notables vuelos en el aeródromo de Hendon, y el día 2 de este mes los dos aviadores acometieron la arriesgada empresa, que se vió coronada por el mejor éxito.

Salidos del citado aeródromo a las 9 y 38 de la mañana, pasaron por encima de Douvres una hora después, a una altura de 600 metros, y a las 10 y 58 descendieron en Ambleteuse. Empezaron de nuevo el vuelo, pasaron por Boulogne a la 1 y 30 y a la 1 y 45 hicieron una segunda parada en Hardebot. Dos horas después se remontaron nuevamente en los aires y a las 5 y 55 tomaron tierra en Issy les-Moulineaux, en donde un numeroso público les dispensó un entusiasta recibimiento.

Esta es la primera vez, como antes decimos, que una mujer cruza el Canal en aeroplano; y es la segunda que se efectúa la travesía con un pasajero. El primero y hasta ahora único aviador que atravesó el estrecho por el aire con un acompañante fué Moissant, que, hace poco y también, como ahora Hámel, en un monoplano Bleriot, hizo el viaje aéreo de Issy les-Moulineaux a Londres llevando consigo a su mecánico.

Hámel es uno de los pilotos más fieles y más hábiles de Bleriot y es célebre por haber tomado parte, como representante inglés, en la última copa Gordón-Bennett y por haber sido quien inauguró el primer correo aéreo oficial en Inglaterra.

El aparato en que ha realizado su última proeza es un monoplano Bleriot del tipo XXI de dos asientos, adoptado para los ejércitos y con un motor Gnome de 70 caballos.



El aviador Hámel y la aviadora miss Davfés en Issy-les-Moulineaux después de haber realizado la travesía del Canal de la Mancha en aeroplano. (De fotografía de M. Rol.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

FOR AUTORES O EDITORES

POEMA DEL CISNE Y LA PRINCESA, por la condesa de Castellá. — La ilustre escritora que como prosista tan alto puesto se ha conquistado en el mundo de las letras, ha querido demostrar que puede también luchar con éxito en el campo de la poesía. Y lo ha demostrado del modo más elo-

cuente, ofreciéndonos su *Poema del cisne y la princesa*, hermosa composición llena de pensamientos delicados y de bellísimas imágenes, rebotante de los más nobles sentimientos y de las más altas aspiraciones, y escrita en armoniosos sonetos que constituyen espléndido ropaje de esta obra de un verdadero poeta. Un tomo de 126 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta Artística Española; precio, tres pesetas.

PEQUEÑO CATECISMO DEL SANTO MATRIMONIO, por el Rdo. P. J. Hoppenot, traducido del francés por José Peralló,

Pbro. — La mejor recomendación de este libro, en el que se tratan dentro del más alto espíritu católico todos los problemas relacionados con el sacramento del matrimonio, son las numerosas cartas de cardenales, arzobispos y obispos franceses que lo acompañan y que elogian la obra en términos calurosísimos, considerándola como medio poderoso para fortalecer los vínculos matrimoniales y combatir las doctrinas disolventes cada día más extendidas en Francia. Un tomo de 218 páginas impreso en Barcelona, con licencia del Ordinario, en la Librería y Tipografía Católica.

PENSIÓN PARA ENFERMOS DE LOS NERVIOS

especialmente para

EPILEPTICOS, HISTÉRICOS Y NEURASTÉNICOS

Tratamiento medicinal sin bromuro según el método probado del Dr. Rosenberg. Dieta según la prescripción del Dr. Rosenberg.

Sobre la base de las experiencias precedentes se puede contar con muy buenos éxitos.

Hermana de caridad Else Moeller. SEÑORA KNOP

Berlin.—Charlottenburg, Uhlandstr. 185/186.

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOPHO

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN